

DESDE CHINA

Los tratados de odiosas desigualdades

por el P. Gaudencio Castrillo.

IV

La protección tan misteriosa como benéfica que está recibiendo la nueva república china de los europeos en general, alcanza de un extremo a otro de la celeste nación, desde los orígenes del río azul hasta su inmensa confluencia en las ondas del mar de la China, como diciendo desde el alto Tibet y extenso Turquestán hasta el pacífico y hermoso valle del Yangtse, y desde la famosa muralla levantada para contención de los manchúes hasta las aguas que bañan las riveras de Cantón y sus comarcas. Cualquiera diría que la república china yace bajo la sombra benéfica de algún ser sobrehumano, enviado a tratar, en la dolorosa morada del hombre, las más dulces emociones de una vida encantada y llena de evocaciones maravillosas.

No creemos que los chinos, y menos los de esta generación, abominen de la civilización occidental, ni tienen motivos para ello, porque les ha traído y les traerá más bienes que detrimento, siempre que sepan aprovecharse de sus admirables progresos y adelantos, que vienen a ser la mejor conquista material y cuya influencia en la parte del espíritu, sino es avasalladora, es grande, es inmensa, desarrollándose el problema de la vida entre la penumbra de una luz débil que representa la civilización que se extingue y la luz que nace en el fondo, si se quiere, de un sepulcro, pero con hermosos centelleos de vida, que es la otra civilización que han traído los extranjeros, muy diferente de la única; ¿optarán por aquesta o se echarán en manos de la momia esquelética oriental?

Lo que habrá de verdad en esto es que se van a valer de los elementos modernos para abominar del progreso, como van haciendo con todo que lleva marca de factura extraña. Después de todo, algo

es algo lo que admiten, aunque sea a regañadientes. Este consejo fué dado por el famoso Chang Cheng Tung en su *Estudio*, en el que recomienda la adquisición de los conocimientos modernos para combatir a los mismos que los han aportado al gran reino celeste. El idealismo que les hace creerse superiores a los demás, como las esperanzas fundadas en la más refinada soberbia de su egoísmo, les hace ponerse en ocasiones a la vera del ridículo, cuando no de la insolencia, y estas notas son características de su cultura y de su refinada ética, de la que son esclavos de comedia por lo ridículo y por lo exagerado.

En cambio, la cultura europea, nacida al amparo de la religión cristiana, tomó para sí lo mejor de lo que habían tenido los griegos, asimilaron a su vez los adelantos de los egipcios y se apoderaron de los progresos indícos, debidos a aquel admirable canon agustiniano del eclecticismo católico y que todavía viene practicando la sociedad cristiana después de dos mil años; porque lo útil, lo agradable y lo bueno, donde quiera que se encuentre, es patrimonio exclusivo de ella, aunque otros se beneficien de tan bellos elementos.

La cultura adquirida por los chinos en el extranjero no deja de manifestar los colores de cada región donde cultivaron sus estudios; así es extravagante y orgullosa la que sale de la Universidad de Yale y Harvard; seria, tiesa y estirada, pero errónea la de Edimburgo; fuerte y vigorosa, pero impregnada de racionalismo kantiano, la de Berlín; sensata, suelta y adaptable a las circunstancias, y a veces frívola, la de París; de suerte que lo traído de fuera no sirve más que para dar tintes de colores tan heterogéneos, que no se puede formar verdadera idea del todo completo que informa o integra el concepto de la civilización verdadera, porque es cristiana, de la Europa y América.

En cambio, los que salieron para la Universidad de Tokio han vuelto más japoneses que chinos, sin admirar en aquéllos lo que sabiamente han imitado y copiado de los occidentales lejanos, su progreso y sus adelantos modernos, y ni siquiera han procurado saber que los japoneses con armas extrañas a su civilización y cultura han vencido a los blancos con los instrumentos occidentales, sino tomados, copiados a lo menos de éstos.

Las emigraciones de estudiantes para ampliar, profundizar más sus conocimientos, son muy ventajosas para los que ostenten ya su carrera concluída; pero, por desgracia, la mayor parte de los estudiantes salen de su patria sin conocer ésta a fondo y vuelven con ideas y bagaje inútil, o a lo menos de dudosa incubación, que adquirieron en su patria adoptiva o temporal, y la conclusión de esto no es otra que el quedarse sin saber lo que hay en su país e ignorar

las condiciones de las otras naciones en que han vivido y vegetado, pero no estudiado.

Tales son ordinariamente las condiciones en que se hallan los que se van fuera de su patria a buscar alimentos para su inteligencia. Los que se aprovechan de tan favorables circunstancias son, desde luego, los menos, los que van con el fin y propósito de cultivar su inteligencia; pero los que no piensan más que en divertirse y pasar el tiempo alegremente, nunca serán hombres provechosos, ni para sí, ni para su país natal; a no ser por alguna rareza de ocasión, y hay que contar que los más, por desgracia, no tienen otro objeto que gastar dinero fuera de la vista de sus progenitores, a quienes engañan miserablemente exagerando las cosas y pintando su situación, más grave de lo que es en realidad, para que les entre la compasión y se muevan en hacerles más y más fuertes remesas en metálico. A más de uno hemos tenido la triste ocasión de conocer, que se han vuelto sin los conocimientos que fueron a buscar, y en cambio se vieron rodeados de compromisos que no pudieron rehuir ni eludir.

Nosotros creemos que estas emigraciones para el extranjero han sido, por lo general, un grave fracaso para los individuos y un enorme mal para el país que les vió nacer y marchar a otras regiones. Los acontecimientos ocurridos en este hermoso país, desde veinte años a la fecha, lo demuestran evidentemente; todos ellos llevan una marca de especialización inconfundible con lo nativo, algo exótico que no encaja en los moldes naturales del indígena.

El golpe ideado por Kang Yu-wei en 1898 vino a fracasar por las intrigas de Yuan Shih-kai y la emperatriz Shi-le. Kang Yu-wei ha venido representando en China lo que Gandhi y Togore en la India, la política y la literatura. Para Mr. Kang la monarquía en China es necesaria, modernizada según vayan las nuevas ideas abriéndose paso, movida progresivamente cuanto permita la natural evolución rítmica y acompesada, sin golpes ni trastornos violentos. En la fuga de la corte en 1898, y en el destierro, siempre ha estado abogando por sus ideales de engrandecimiento de su patria, pero sin revoluciones, sin guerras, sin trastornos de ningún género, sino pacífica y gloriosamente, pero con instinto especial de adaptabilidad o de aplicación para que vaya su amado país adelante y alcance los días gloriosos que él en sus amarguras, comiendo el pan del destierro, supo soñar, forjando en su clara mente la ilusión más risueña de su vida.

En circunstancias favorables hubiera sido uno de los mejores estadistas de China, si no el primero; pero la suerte no le acompañó y tuvo que seguir su ostracismo en el destierro, apartado de la política en absoluto, mientras vivió la emperatriz viuda, la causante

de todas sus desdichas y de los males, quizá, que se han venido sucediendo en China desde 1898 en que fué destituido el emperador y ensangrentada la casa gobierno con la muerte de dos de sus ministros, íntimos colegas y amables compañeros en el ministerio de Mr. Kang Yu-wei.

La rebelión de los *boxers*, cuando más veneno brotaba la herida racial, como los otros síntomas de xenofobia de 1905 en Shanghai, diciembre 1919 en Hongkong, Cantón, y más tarde en Shanghai en 1925, no han obedecido más que a sistemáticos e intermitentes sacudimientos de instintos egoístas, por lo mismo que fundaron en aquel principio inconcuso para algunos promulgado con tanto aparato cómico de los emuladores de las tradiciones paternas o cosa semejante como de falta completa de altruismo. China para los chinos y con los chinos, aunque aparentemente haya algo de verdad en este enunciado, elevado a apotegma por algunos, si admite la exclusión, es a todas luces falso e injusto, y, por lo tanto, no puede ser base de ninguna teoría política de gobierno o economía social, por lo mismo que destruye la sociedad humana para convertirle en gremio racial, como si las razas no hubieran tenido un tronco común y las sociedades civiles no hubieran sido expansiones o brotes frondosos de ese mismo tronco que con el medio ambiente, clima, distancia y modos de ser y obrar, rodeados de otra atmósfera y bajo el influjo constante de otros elementos han obrado en los accidentes trastornos profundos, que no son ni parte integrante del hombre, ni esencial a su modo de ser, pero con notas que los distinguen de los demás y que todas ellas dan el resultado del grupo llamado raza, de suerte que la raza la hace la casa, la región donde se habita, con los demás elementos que le rodean.

Supongamos dos troncos de familia española de pura cepa, pero viviendo en China constantemente, y que sus descendientes continúen morando en las mismas regiones que sus progenitores y veremos con el tiempo las grandes variantes ocasionadas [de generación a generación. A la generación X, llamémosla así, los descendientes de esas dos familias han absorbido forzosamente los caracteres físicos de ojos y pómulos similares a los demás chinos, y eso admitiendo que no haya habido un solo cruzamiento con los propiamente indígenas chinos. De suerte que el tiempo con todo el medio ambiente y demás elementos han contribuido a hacer de dos españolitos unos verdaderos chinos en lo físico. Los caracteres morales también se alteran y modifican algo; pero esto es asunto de la psicología, y a ella se lo dejamos que lo trate. Y esto exigiendo la pureza constante de una misma sangre y una misma educación. Si admitimos los cruzamientos con los de la raza indígena, los ca-

racteres europeos se pierden más aceleradamente. En las razas humanas, como en los demás seres, no hay saltos, hay graduación, hay orden y escala, aunque se recorra toda la gama de colores. Decimos todo esto por la idea que se ha llegado a divinizar y, sin tratar de empequeñecer, es solamente dependiente de las circunstancias y a veces de meros caprichos de la naturaleza física.

La patria, tan querida y amada, no tiene otro significado que la primera o privilegiada región donde se ve la luz pública, porque después viene la otra región enlazada por lazos étnicos, afinidades y tratados, y se va así recorriendo hasta encontrarse con los límites o con sus antípodas, que no por encontrarse en el extremo opuesto se hallan fuera de nuestros afectos y cariños totalmente.

Si tan caprichosa como accidental es la idea de patria, será una aberración el desprecio de otros seres semejantes a nosotros por cuestión de la cuna. Además de tener mucho de arbitrariedad la repartición civil de las regiones, y que con el tiempo y la manera de acortar distancias se han de extender los confines de los reinos, y así una vendrá a ser absorbida por sus vecinas, siguiendo así en progreso hasta que vengamos a la unidad de patrias aun en este globo terráqueo. La tierra para la humanidad, y en esta expresión entra la cuna y domicilio. Si, cuando dicen la China para los chinos, quieren expresar la idea del régimen civil, es natural y obvia; pero si se excluye la vivienda y morada de otras gentes en terreno chino, lejos de ser un principio, no es siquiera una verdad común y ordinaria.

Los derechos y deberes de la China con respecto a los poderes extranjeros están claros en los instrumentos diplomáticos y comerciales. Si éstos se han hecho en condiciones desventajosas para China, fué porque nacieron al calor de la victoria de los europeos, y las cláusulas difamantes, según algunos naturales del país, hoy son tan verdaderas como el día que nuestros antepasados les obligaron a firmarlas, porque ni la legislación penal se ha modificado en un ápice, ni los que han de administrar justicia se hallan expertos para su aplicación. Ejemplos, y no muy lejanos, de lo ocurrido a algunos europeos que tuvieron la desgracia de caer en manos de jueces chinos podíamos traer en confirmación de nuestro aserto. El último tratado inglés, 1901, provee, para dar la autonomía aduanera a los chinos, la supresión del famoso *likin*. ¿Qué han hecho los indígenas hasta la fecha? Pues siguen cobrándolo y aumentando esos derechos de tránsito en provincias en vez de buscar remedio a tanto mal para el comercio extranjero. Y continuarán así indefinidamente hasta que los odiados y odiosos europeos se lo den todo hecho. ¿No valen nada las aduanas? ¿No merece el sistema postal siquiera un reconocimiento de elogio, un mero aplauso para sus

fundadores? Y la gabela de la sal, que nació ayer, funciona a las mil maravillas, dejando un bonito sobrante para el tesoro del Estado, ¿habrá que censurarla por ser institución de los europeos? En ese espejo se debían mirar los patriotas chinos, si quieren que su país prospere y adelante en la civilización europeo-cristiana; lo demás son gritos en el desierto, son voces de desesperados que no agradecen lo que otros hacen, porque son incapaces de tener ideas altruistas, ni mover el dedo en favor de sus semejantes.

Y a esas instituciones había que añadir con más motivo, porque nace de un espíritu generoso y altamente cristiano, las escuelas, los colegios y Universidades que tienen y sostienen los europeos sin ningún lucro monetario para la corporación fundadora, donde se derrocha dinero y hombres con el fin puro de elevar al indígena al pleno conocimiento de los progresos modernos para que sirva a su patria de modelo de ciudadanos.

Y, lejos de sentir el afecto del agradecimiento, parece que abrigan en su pecho odio y veneno para sus semejantes los europeos, porque no agradecen lo que se ha hecho por ellos, creen que todo se lo merecen y todo se lo deben y que el europeo no vino a China con fines altruistas, sino a arreglar sus negocios para enriquecerse a expensas de los pobres indígenas.

El chino, ¿qué ha hecho en su país para dar a conocer al europeo que ellos no necesitaban de nadie? Pues absolutamente nada. Ni siquiera ha sentido el estímulo de levantar ciudad contra ciudad; al contrario, las ciudades entregadas por alemanes y rusos, véase cómo son atendidas y cómo las van dejando las manos celestes. Hankow es un ejemplo viviente y excepcional, y no se podrá borrar de la memoria el aspecto que presentaron al ser creadas y embellecidas por sus respectivos fundadores y el aspecto que presentan actualmente desde que están en manos de los chinos.

Este artículo, más que paréntesis a lo que veníamos exponiendo acerca de las conferencias aduaneras, viene a deshacer la falsa posición en que se han colocado los indígenas respecto a la estancia de los europeos en la celeste nación.

Shanghai, 1.º de septiembre de 1926.